

mochos por el imperio, y en segundo lugar, porque necesitamos ir á presentarnos cuanto antes para tener colocación y . . . ascenso.

Velázquez se rió y ambos apresuraron la despedida, que fué muy tierna, á cuyo efecto tuvo que disimularse un poco la mamá, pues por lo que respecta al muchacho ya se había dormido.

—¡Tuya hasta la muerte! dijo Elvira al oído de Robles.

—¡Te amaré eternamente! dijo muy quedo Eva á Velázquez.

Y se oyó como un susurro que no fué sino un doble beso.



CAPITULO LIV.

Una mujer fuerte.

VAMOS á encontrarnos entre gentes más sencillas todavía y muy ajenas á la política y á los grandes sucesos, que las que acabamos de escuchar en el capítulo precedente. Ahora volvamos á un pueblecillo que ya fué nuestro conocido en otra parte de esta relación y en donde contamos también con amigos. Nos presentamos ahora en Santa Ana Acatlán, en la casa del licenciado Quiñones, en donde con motivo de las noticias del día, están reunidos los principales del pueblo, que forman allí como una sola familia.

—A ver, Patricio, dice el abogado, repite á los señores lo que acabas de contarme.

—Son las noticias que corren en Guadalajara, yo nada invento.

—No tengas cuidado, hombre, estamos entre amigos,

y luego que ya sabemos que eres persona de negocios, que no te metes en la política, y que poco se te da por lo mismo que gobierne Juan ó Pedro.

—Pues en Guadalajara hay mucha alarma, tanto porque las guerrillas de los Tovar, de los Rivas y de los Lozada han vuelto á levantarse por Tepic y Mascota, como porque aseguran que ya los franceses vienen ocupando los Estados y que pronto los tendremos también en Jalisco.

—¿Y qué sucedió con el general Doblado?

—Se espantó de tantas cosas como se le vinieron encima. Lo único que arregló fué quitar á don Rafael Tapia su hacienda del Carmen para regalarla á unos generales.

—¡El reparto de la mano muerta! exclamó el cura suspirando.

—Y del señor Juárez; ¿qué noticias hay? preguntó con mucho respeto Adrián Canales.

—Don Benito Juárez sigue empuñando la bandera de la legalidad.

—Pero ¿en dónde se encuentra ahora?

—De pronto estableció su gobierno en San Luis Potosí; pero como los franceses van avanzando y extendiéndose para hacer que se levanten actas de adhesión al imperio en todas las poblaciones, se dirigió con las pocas tropas que le quedaban para los Estados fronterizos.

—Tiene muchas cosas curiosas esta intervención extranjera, dijo con zonga el licenciado Quiñones. Primeramente vienen los diplomáticos reclamando los daños y perjuicios que se han causado á sus nacionales, y traen con sus tropas de ocupación empleados á Márquez, Miramón y otros que fueron los que impusieron los préstamos y secuestraron las conductas. En segundo lugar, vienen á darnos civilización, á enseñarnos cómo se cumplen los convenios, y los mis-

mos diplomáticos que firmaron los convenios de la Soledad, se hacen atrás y dejan que sus generales echen un borrón en su honor militar, dejando de volverse á sus puntos como estaban comprometidos á hacerlo y atacan á traición á nuestras tropas. En tercer lugar, vienen á establecer un buen gobierno compuesto de hombres de prestigio, de progreso, de honorabilidad, y pretenden destruir á un gobierno ya establecido popularmente, trayendo para formar el suyo á los que fueron ya derrotados y echados del país, á los que no solamente no tienen simpatía alguna, sino que son odiados y temidos hasta de los mismos suyos. Y por fin, dizque vienen á librar al país de una minoría opresiva y levantan actas de adhesión á su imperio á culatazos!

—Y lo particular también que olvida el abogado es que dicen que vienen á establecer el orden, la paz y la justicia, á respetar la propiedad y la independencia, y nombran jefes de bandoleros como un tal Dupin y un tal Clinchant para que formen contraguerrillas que incendien, roben y maten, y decretan en Puebla la confiscación de los intereses de los liberales. Por lo que toca á la independencia yo tengo un decreto que comienza así, también expedido en Puebla por un prefecto traidor: «Según la propuesta del señor ministro del Emperador, he tenido á bien decretar lo siguiente. . . .»

—Pero, ¿quién es tan niño para creer todo lo que vienen ofreciendo? preguntó el boticario. Intervención quiere decir intervenir, y nadie interviene en algo sin llevar la intención de dominar, de dirigir y de apropiarse alguna cosa. Aquí lo único que quiere Napoleón, á mi entender, es poner un gobierno á su gusto para sacar el dinero que diz-

que se debe á un judío Jecker y los demás millones que se le antojen, apropiándose también algo de territorio. Ni por Almonte ni por Márquez, ni por ningún buen mozo vienen los franceses desde tan léjos, gastando un dineral y haciendo correr mares de sangre tanto francesa como mexicana, sino que el plan debe ser naturalmente indemnizarse con algo muy gordo. Eso de que Napoleón sacrifique miles de hombres y millones de francos solo por el gusto de fabricarle un imperio á Maximiliano, me lo clavan en la frente. Sus planes tienen que ser otros que no conocemos.

—Tiene razón don Pedrito, afirmó el señor cura, y más cuando ya no manda Almonte sino que el único que manda y hace y deshace según las noticias, es el comandante de las tropas francesas. Desde que fué llamado el señor Forey que era todo un déspota, pero un déspota político é ilustrado y que le sustituyó en el mando el señor Bazaine, ya no hay ningún mexicano ó traidor, como los llaman ustedes á los señores que se han unido con los franceses, sino que ese general francés es el supremo imperante.

Entonces el licenciado Quiñones que estaba ansioso de más noticias, interrumpió la conversación dirigiendo á su hermano esta pregunta:

—¿Y sabes tú cómo murieron el general don José M. Cobos, los patriotas generales don Ignacio de la Llave y don Ignacio Comonfort, lo mismo que el ilustre escritor don Florencio M. del Castillo?

—Ya todo eso hace algunos meses que pasó.

—Pero como nosotros estamos aquí en un destierro, y muchas veces recibimos los impresos con retardo por falta de comunicación, todos los detalles de los hechos que

han llegado aquí como rumores, tienen siempre para nosotros mucha novedad.

—La muerte de Cobos, que creo era español, pasó como sigue: estaba declarado el estado de sitio en Matamoros, residencia del gobernador don Manuel Ruiz, cuando se pronunció Cortina en favor del gobierno constitucional que había de hacer cesar el estado de sitio, é invitó á Cobos que estaba en Brownsville para que se pusiera á la cabeza del movimiento, como jefe caracterizado que no había querido servir á la intervención, y éste publicó una proclama desconociendo á Juárez y á la regencia, queriendo poner una tercera entidad, lo cual disgustó á Cortina, quien como era dueño de la fuerza lo mandó fusilar hasta sin confesión.

—Era lo que sabíamos. ¿Y la Llave y Comonfort?

—El general Ignacio de la Llave murió de la manera más insípida, asesinado por su propia escolta al dirigirse á San Luis á tomar órdenes del gobierno liberal, y Comonfort, que era á la vez ministro de la Guerra y general en jefe de la resistencia nacional, fué también asesinado cerca de Celaya, á donde iba con una pequeña escolta, cayendo en una emboscada que le pusieron los conservadores.

—¡Es una lástima que mueran esos hombres, y en estos momentos en que tanta falta van á hacer á la República!

—Y todavía faltan los demás que tienen que seguir cayendo.

—De seguro. ¿Y Castillo?

—Aquel gran escritor liberal murió del vómito en San Juan de Ulúa.

—¡También un asesinato!.

—¿Y qué noticias tiene usted de las cortes marciales?

—Dicen que Bazaine dió un decreto ordenando que se establezcan en todas las poblaciones que se ocupen, y que ya han comenzado á funcionar en México y en otros puntos. Dos ó tres oficiales escogidos entre los más sanguinarios y los más brutales forman el tribunal, cuyas sentencias, que siempre son de muerte contra los que caen en sus garras, se ejecutan sin apelación.

—Pero esos hombres quieren despoblar la República, murmuró el boticario.

—Así han sido siempre los conquistadores, hizo observar el señor cura, quien tenía fama de haber leído muchos libros, ellos no han traído en las puntas de sus espadas más que cadenas, sangre, incendio, pillaje y desolación.

Adrián se había quedado desde hacía rato pensativo, y como se estableció un pequeño silencio lo aprovechó para decir:

—Todo el que tenga sangre mexicana en las venas, debe apresurarse á defender su patria.

Por fortuna no estaba allí la hermosa Refugio con su hija en los brazos, que seguramente se habría estremecido y protestado al oír tales palabras; pero las recogió el abogado que se apresuró á decir:

—En efecto, todos los solteros que no tienen obligaciones de familia deben apresurarse á combatir á los invasores.

—Todos, todos, hasta las mujeres, exclamó Adrián con miradas que lanzaban fuego.

Pocos momentos después agregó con más calma:

—Aunque no se tratara de los franceses, la causa del señor Juárez siempre es justa, siempre es la del pueblo mexicano; con más razón ahora que tiene empuñadas las dos banderas: la de la independencia y la de la Constitución.

—Tú ya eres casado, Adrián, y tienes una hijita. Ahora ni tu mujer ni nosotros te dejaremos hacer más calaveradas, dijo el abogado que había comprendido bien las tendencias del joven.

Adrián se mordió los labios y murmuró como hablando consigo mismo.

—¡Quién sabe! . . . allá veremos.

El cura, para poner punto á este pequeño incidente, dijo dirigiéndose á Patricio:

—Aquí vienen noticias de que sin embargo de que los franceses apenas han comenzado á moverse de la Capital, todos los días hay combates no sólo en Oriente y Norte de la República, sino también en Jalisco.

—Todo el país está en conflagración, respondió el hermano del abogado. En Guadalajara hay un periódico que se llama el *Boletín de Noticias*, que deben haber visto ustedes, el cual está repleto de relaciones de guerra, en que, como es natural, sobresalen las victorias de los liberales; pero con todo y eso éstos van perdiendo terreno y las guerrillas que se han levantado por todas partes, según dicen azuzadas por los partidarios de la intervención, se han insolentado tanto que ya se acercan á las mismas Capitales ocupadas por las tropas del gobierno. Las columnas expedicionarias francesas que se han destacado para las tierras calientes, han sido hechas pedazos, habiendo ya muerto en los encuentros muchos oficiales de

importancia, y aquí en Jalisco sólo el Sur está tranquilo y todo lo demás se encuentra ardiendo, de tal modo, que Ogazón ha pedido al Gobierno que venga otra persona á ponerse al frente de la situación, porque para él se ha hecho insostenible por la falta de oficiales, tropas y suficientes recursos, diciéndose que viene ya en marcha el general Arteaga con algunos batallones que servirán de pié veterano para formar el Ejército del Centro.

—¿Y qué número de fuerzas tienen los intervencionistas? preguntó el doctor Velasco que también se encontraba en la reunión.

—Según las relaciones que traen los periódicos, contestó Patricio, los franceses cuentan con algo más de cuarenta mil hombres, siendo doce ó quince mil los que tienen ya organizados los intervencionistas.

—¡Jesús! ¡Jesús! murmuró el cura, si todos vienen juntos son capaces de hacer polvo á los liberales.

—Eso nunca, dijo luego Adrián con mucho brío: en primer lugar los defensores de la independencia cuentan con jefes tan distinguidos y tan valientes como González Ortega, Doblado, Negrete, Porfirio Díaz, Uraga, Arteaga y Régules, que no se dejarán envolver, y con guerrilleros como Rojas, Aureliano Rivera, Angel Martínez, Simón Gutiérrez, Pueblita y otros muchos que necesariamente tienen que volverlos bolas en un país tan extenso que ellos conocen como la palma de la mano. Los franceses entrarán á Guadalajara, ocuparán todas las capitales, pero no podrán tener guarniciones en las montañas, en las barrancas ni en las haciendas, de modo que aunque traigan doscientos mil soldados, nunca llegarán á ser dueños de toda la República. No se les vencerá á ellos, pero á su vez jamás acabarán con la resistencia de los mexicanos.

—¿De manera que no tienes ya otras noticias? preguntó Quiñones á su hermano.

—Hay muchísimas, sobre todo de encuentros armados con varia fortuna para los combatientes; pero he dicho cuáles son las principales, entre las que se considera como la más alarmante la del avance al Interior de varias columnas francesas que mandan los generales Douay, Castagny, Bertier, Marguerite y el mismo Bazaine, habiéndose quedado en México con el mando político y militar el general Neigre.

—¿Y qué generales mexicanos acompañan á los franceses?

—Mejía y Márquez, aunque algunos agregan que también viene Miramón, sin mando ninguno. Si se cuentan Almonte y Salas, se puede decir que ya pasan de doce los generales intervencionistas.

—Eso es lo que á mí no puede pasarme, interrumpió Adrián dando un puñetazo en el brazo del sillón que ocupaba.

—¿Qué? preguntó el abogado.

—Que haya mexicanos con sangre mexicana en las venas que se hayan unido con los invasores.

—Pero eso es natural, arguyó el cura, siendo del partido contrario al de los liberales, una vez que se viene á combatir á éstos.

—¿Pero acaso van á triunfar los conservadores? ¿No ve usted, padre, que lo primero que han hecho los franceses es declarar que sigan vigentes las leyes de Reforma? A Napoleón le importan un pito los conservadores, y si para algo los necesita, es para que sirvan de lacayos á sus tropas. ¿Pues no lo estamos viendo? ¿No Almonte, Labastida, Ormachea y todos los notables se han puesto

de rodillas á recibir órdenes de Saligny, de Forey y de Bazaine? Los conservadores sólo están sirviendo de instrumentos para que se establezca un trono extranjero, una corte en que siempre han de dominar extranjeros, y en el que nunca habrá más voluntad soberana que la de Napoleón III. ¡Ustedes lo verán!

—¿De manera que siempre tendremos imperio? preguntó el boticario.

—Un imperio de burlas, un reinito de sainete y nada más, porque esta es República, y el sentimiento que domina en las masas es republicano; pero seguramente vendrá un emperador, aunque quién sabe si le corra la misma suerte que á don Agustín de Iturbide, porque esta no es la tierra donde pueden florecer los emperadores.

Como Patricio se despidió á poco, la reunión se disolvió, y cada uno se fué á su casa cavilando sobre todas aquellas cosas que habían conversado; pero ninguno iba tan pensativo como Adrián, á quien luego Refugio notó su estado de preocupación, preguntándole el motivo.

Cuando Adrián le hubo referido todo y confesádole sus intenciones, cuando esperaba sus protestas, un torrente de lágrimas se desprendió de sus ojos al oír que ella le dijo con entereza:

—Precisamente esperaba que me lo dijeras, para aprobar tu proyecto. ¡Que nos quedamos mi hija y yo sin amparo! sí lo tenemos, porque todos los del pueblo son nuestros amigos, y yo todavía tengo personas de mi familia que me protejan. Pero tú, Adrián, tú, ¿qué haces aquí que vayas á ser perseguido por las cortes marciales, conocidas como son tus opiniones? ¿Te perdonarán los que antes fueron tus enemigos? ¿No están por allí los parien-

tes de Pedro Ordóñez respirando odios y deseos de venganza? Y además, la patria necesita tu brazo y yo no puedo negarle uno de sus más leales defensores. Vete á la guerra. ¡Dios te bendiga y te acompañe!

Adrián no pudo menos que besarla y caer de rodillas ante aquella heroica mujer.

